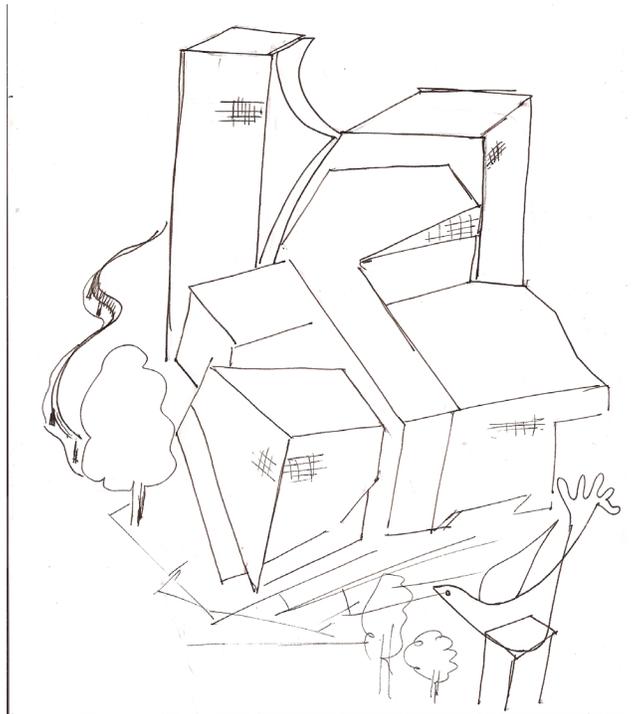


Teresa de La Parra: Entre El Canon y La Periferia

Luz Marina Cruz / alasenlalluvia@hotmail.com

Universidad de Oriente-Núcleo de Monagas



Recibido: 23-03-2012 • Aceptado: 15-04-2012

Resumen

Teresa de la Parra publica en 1924 la novela *Ifigenia* y lee en 1930, ante el público de Bogotá y Barranquilla, las tres conferencias que llevan por nombre *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*. En dichas obras, la autora venezolana sortea con gracia los obstáculos impuestos por la academia a las escritoras latinoamericanas, ingresando de manera exitosa en el canon cultural hispanoparlante, situación que no era la norma en las primeras décadas del siglo anterior. Con esta investigación, se intenta comprobar que la escritora organiza su lenguaje mediante estrategias de escondite, de disimulos, que dan lugar a dos discursos en los que se escucha la voz de la cultura dominante o masculina y la de la cultura silenciada o femenina. En ese sentido, la investigación cualitativa precisa del diálogo entre el método hermenéutico y la teoría feminista. Realizada la lectura analítica de los textos mencionados, se concluye que de la Parra funda su escritura en las márgenes del discurso cultural hegemónico, abriéndose un espacio propio en los intersticios de las instituciones literarias y en las grietas del binomio saber-decir patriarcal mediante las llamadas "tretas del débil" (Ludmer).

Palabras clave: canon, periferia, cultura dominante, cultura silenciada, tretas del débil.

Teresa de la Parra published the novel *Ifigenia* in 1924. Later in 1930, she read, in front of a group of people from Bogotá and Barranquilla, three lectures titled "*Influence of women in the american soul growth*". In such works, the Venezuelan writer was able to easily overcome all the regulations imposed by the academy to the latinoamerican women writers, obtaining a place in the Spanish cultural canon successfully, something that was very hard to achieve at that time. The investigation is intended to prove that the writer's style is based on strategies, dissimulation, which give rise to two speeches, you hear the voice of the dominant culture or male and the female culture or silenced. In this regard, qualitative research requires a dialogue between hermeneutic method and the feminist theory. Once the analytical reading of the texts mentioned above was done. It is concluded that Parra's style is focused on the principles of the hegemonic cultural speech, obtaining an own space by herself in literary institutions and through the patriarchal knowledge and speech thanks to the so-called "the tricks of weak" (Ludmer).

Key words: Canon, periphery, dominant culture, silenced culture, tricks of weak.

Abstract

I

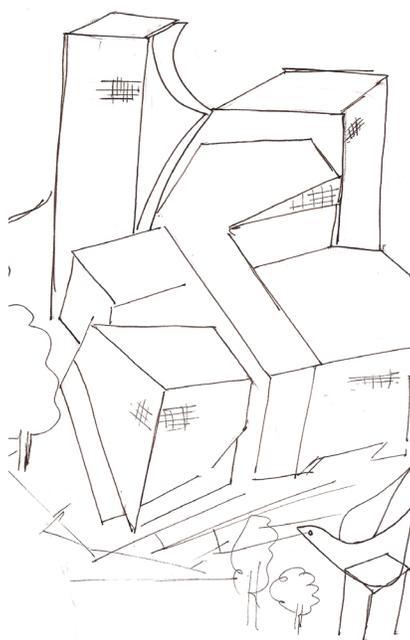
La venezolana Teresa de la Parra publica en 1924 la novela *Ifigenia* y lee en 1930, ante el público de Bogotá y Barranquilla, las tres conferencias que llevan por nombre *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*. Sin duda alguna, su discurso sortea con gracia los obstáculos impuestos por la academia a las escritoras latinoamericanas, ingresando de manera exitosa en el canon cultural hispanoparlante. En el Prólogo de la edición de Biblioteca Ayacucho que recopila su obra completa, Julieta Fombona afirma de la reconocida escritora lo siguiente: “...ha sido la musa, la criolla cabal, una clásica de nuestras letras.” (Fombona; 1991: IX). Por su parte, Mariano Picón Salas, citado por Velia Bosch en el Estudio Crítico de la misma edición, la coloca al lado de dos grandes de la narración del país como Gallegos y Pocaterra:

Después vendrá —cuando ya el siglo XX vive su tormentosa adolescencia y con la Primera Guerra Mundial y con la Primera Guerra Mundial se desvanece el hedonismo y los ornamentos de la *Belle Époque*, otra generación que separada entre sí por pocos años, presenta tres maestros del arte de contar: Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra y Teresa de la Parra. Suma de la más diversa y rica venezolanidad serán —mientras dure nuestro país— *Doña Bárbara*, *Canaima* y *Cantaclaro*; *Las Memorias de un venezolano de la Decadencia* y los *Cuentos Gro-*

tescos; *Ifigenia* y *Las Memorias de Mamá Blanca* (Picón Salas en Bosch; 1991: XXVII).

Más allá de nuestras fronteras el número de sus lectores creció considerablemente gracias a que sus novelas fueron traducidas al francés y al inglés. La Casa Editora Franco Ibero Americana le concedió un premio nacional a *Ifigenia*. Son numerosos los libros, folletos y material hemerográfico en los cuales intelectuales europeos y latinoamericanos han abordado críticamente sus textos. Entre otros, Don Miguel de Unamuno leyó su primera novela y la convirtió en objeto de análisis en una conferencia dictada en España. Esta anécdota es conocida en los medios literarios debido a la publicación de la carta de agradecimiento que le escribió nuestra autora al eminente escritor español en 1925, publicada un año más tarde en el diario “El Universal”. No obstante, la situación de la venezolana no era la norma en las primeras décadas del siglo anterior, época en que el género novelístico pertenecía a los hombres. Sobre las dificultades afrontadas por las mujeres del continente que se decidían a escribir, Araujo se expresa con claridad en las líneas citadas a continuación:

Para una sociedad tan falocrática, la discriminación en la industria editorial resultaba apenas normal: si por milagro se publicaban obras de mujeres, eran poco promocionadas o difundidas. Y



esto no sólo sucedía con la narrativa sino inclusive con la poesía (Araujo; 1997: 685).

Durante gran parte del siglo XX las escritoras deben enfrentar un contexto estético hegemónico que las silencia de múltiples maneras, circunstancia que refleja su invisibilidad ontológica. ¿Cómo representarse auténticamente con una estructura simbólica y cultural conformada desde el orden patriarcal? ¿Cómo encontrar expresiones y temas propios de lo femenino dentro de una gramática y sintaxis masculinas? En este sentido, padecen el desgarramiento de dejar que las escriban o escribirse, copiar los modelos dominantes o crear una voz de mujer, fenómeno denominado bisexualidad cultural por Gargallo (2004:126). Para resolver este dilema estético-ontológico, Lugones, citada por Guerra-Cunningham, propone reconstruir primeramente los símbolos femeninos:

No me parece que sea solamente una cuestión de diferencia entre el mundo de lo femenino y el mundo de lo masculino, ni entre el hablar de lo femenino y el hablar de lo masculino, sino el hecho de no encontrarse una misma en los símbolos y en la articulación de la expresión masculina. Por lo tanto, el afianzarse en el mundo de lo concreto y el tratar de articularse en el mundo de lo concreto, no es simplemente expresar una diferencia sino tratar de articular, de una manera que no nos traicione, el mundo de una misma. El primer paso y el fundamental, es tratar de articular símbolos que no nos traicionen. O sea, no es simplemente una cuestión de no saber abstraer, sino que en la abstracción no nos encontramos y si no nos encontramos en ella, hay que reconstruir la abstracción misma (Lugones en Guerra-Cunningham; 1997:672).

Ciertamente, Teresa de la Parra no reconstruye la estructura simbólica femenina, actitud impensable en su momento histórico, en el cual las luchas reivindicatorias de las mujeres en América Latina no habían logrado ni los niveles de concienciación del movimiento feminista norteamericano y europeo, ni

su aceptación en nuestra sociedad, como sucede en la actualidad. Sin embargo, partiendo del modelo novelístico masculino termina por reconstruirlo al impostarle una larga carta personal y un diario escrito en dos etapas de la vida del personaje, lo que impregna de subjetividad femenina el texto ficcional narrativo. Además, trastoca el carácter eterno y trágico del mito griego al insertarlo de manera abrupta y melodramática al final de los hechos narrados. Se podría enunciar, siguiendo a Bosch (En Parra; 1991: XXIX) que *Ifigenia* se mueve entre la crónica lírico-psicológica y la tragicomedia novelada, subvirtiendo así la narratividad fálica.

Chartier asevera que la dominación simbólica presente en los discursos masculinos es admitida tanto por hombres como por mujeres. Para derribar esta histórica situación discriminatoria recomienda “...el estudio de los dispositivos, desplegados sobre registros múltiples, que garantizan (o mejor, deben garantizar) que las mujeres acepten las representaciones dominantes de la diferencia entre los sexos...” (Chartier; 2000: 200). Dicho investigador de la historia de la lectura occidental plantea la posibilidad de que el sector oprimido -las mujeres, en este caso- se adueñe de las representaciones masculinas para convertirlas en instrumentos de resistencia, como es el caso de la mística. Parafraseando a este autor, cuando los marginados grupos femeninos reutilizan el lenguaje de la cerrada institución masculina -transformándolo de una forma soterrada casi indetectable- están practicando la insurgencia sin ser víctimas de sanciones o exclusiones:

Las fisuras que agrietan la dominación masculina no adoptan todas las formas de rupturas espectaculares ni se manifiestan siempre por la irrupción de un discurso de rebelión. Pueden nacer a menudo en el interior del consentimiento mismo, reutilizando el lenguaje de la dominación para sostener una insumisión (Ibid., p. 201).

Teresa de la Parra organiza su lenguaje de mujer mediante estrategias de escondite, de disimulos, que dan lugar a dos discursos en los que se escucha la

voz de la cultura dominante y la de la cultura silenciada o materna. La primera habla con la fuerza y la potencia que da la supremacía ejercida por siglos. La segunda voz es casi un susurro que se manifiesta desde el espacio marginal de quienes no detentan ninguna posición de poder. De cierta manera, sus tácticas se asemejan a las analizadas por Josefina Ludmer al abordar críticamente la *Respuesta de Sor Juana de la Cruz a Sor Filotea*. Según ella, la poetisa mexicana se vale de lo que denomina *las tretas del débil* para poder evadir la censura de la Iglesia. Entre una de esas tácticas se encuentra la que explica a continuación:

La treta (otra típica táctica del débil) consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido mismo de lo que se instaure en él. Como si una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar pero hago política o ciencia en tanto ama de casa. Siempre es posible tomar un espacio desde donde se puede practicar lo vedado en otros; siempre es posible anexar otros campos e instaurar otras territorialidades. Y esa práctica de traslado y transformación reorganiza la estructura dada, social y cultural: la combinación acatamiento y enfrentamiento podían establecer otra razón, otra científicidad y otro sujeto del saber (Ludmer; 1984:53).

En la novela *Ifigenia* y en las conferencias *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*, Teresa de la Parra elabora un discurso enmascarado que practica la insumisión escondiéndose tras el consentimiento. Estas disidencias sólo pueden ser advertidas mediante lecturas clandestinas, subjetivas, íntimas y creativas, que vagan lejos de las decodificaciones oficiales de la institucionalidad. Michel de Certeau sostiene que históricamente las élites sociales han tratado de imponer una lectura única, un espacio legible singular o literalidad, convirtiendo los textos en instrumentos culturales eficaces para mantener su poderío sobre el conocimiento. A pesar de ello, son muchos los lectores impertinentes, salvajes, que realizan sus particulares interpretacio-

nes de cada libro leído. Estos lectores andan tras el vértigo del sentido y “...circulan sobre las tierras del prójimo, nómadas que cazan furtivamente a través de los campos que no han escrito, que roban los bienes de Egipto para disfrutarlos” (Certeau; 1986: 187). Se habla de una lectura docta -en la cual el sentido está blindado- y una lectura común plena de significados que no intentan sobreponerse sobre los otros posibles-. En el segundo caso se produce la desterritorialización -o no lugar del lector- categoría que funciona como herramienta teórica subversiva idónea para acceder a esos espacios periféricos o al margen, donde se deambula en libertad:

...su lugar no está aquí o allá, uno o el otro, pero tampoco ni uno ni lo otro, a la vez dentro y fuera, pierde uno y otro al mezclarlos, al asociar textos yacentes de los cuales él es el despertador y el huésped, pero nunca el propietario. Por esto, esquiva la ley de cada texto en particular, lo mismo que la del medio social (Ibid., p. 187).

La investigación cualitativa en curso precisa del diálogo entre el método hermenéutico y la teoría feminista. La hermenéutica desafía el dogmatismo de los sistemas de pensamiento de la Modernidad, dándole apertura a múltiples experiencias personales, subjetivas e intersubjetivas en ese encuentro del sujeto que interpreta con el otro y lo otro del objeto concreto a ser interpretado, en este caso, un discurso escrito por una mujer perteneciente a determinada realidad. El marco teórico feminista potencia una lectura advertida que pone de relieve cómo el sistema sexo-género subyace a cualquier tipo de relación social. Al develar la carga socio-histórica que implica la división de las personas en las categorías genéricas femenina y masculina, la teoría feminista abre sus puertas a la hermenéutica de la sospecha.

II

Conforme al código simbólico que ha funcionado a lo largo de la historia occidental como base de nuestra tradición cultural, a lo abstracto masculino se le atribuyen las cualidades de la actividad y la con-

ciencia, representadas simbólicamente en el cielo, el sol y el fuego; en contraste, a lo femenino se le determinan las propiedades de lo pasivo y lo inconsciente, cuyos referentes naturales son la tierra, el agua y la luna (Guerra-Cunningham; 1997:662). De esta manera, el hombre posee la palabra y el saber, apropiándose de la producción literaria y expresando en ella los esquemas formulados por la sociedad patriarcal. Mientras, la mujer es imaginada discursivamente circunscribiéndola a su papel reproductivo e incapacitada para escribirse a sí misma. En el caso del imaginario venezolano del gomecismo, a los estereotipos anteriores se suman la equivalencia de la mujer ciudadana con la prostituta o la animalización del sujeto femenino.

Con su acto de escritura, Teresa de la Parra intenta dismantlar este contrato simbólico, de quebrar lo establecido por el discurso dominante, para originar el espacio de una nueva palabra de mujer. Pero nuestra autora escribe desde una clase social que se aferraba a los valores tradicionales del patriciado colonial, sin perder conciencia de lo nostálgico de su actuación -dada la fuerza indetenible de la modernidad y sus nuevos modelos de socialización-. Por ello elige una posición feminista poco intimidante que fuera tolerada dentro de un contexto en el cual los movimientos radicales de liberación de las mujeres eran satirizados y sus seguidoras acusadas de asumir poses masculinas. Cuidándose de tal situación, nuestra escritora afirma lo siguiente ante sus receptores de la Conferencia I:

Mi feminismo es moderado. Para demostrarlo y para tratar, señores, ese punto tan delicado, el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado, para tratar ese punto había comenzado por preparar en tres conferencias una especie de ojeada histórica sobre la abnegación femenina en nuestros países, o sea la influencia oculta y feliz que ejercieron las mujeres durante la Conquista, la Colonia y la Independencia (Parra; 1991: 474).

Como podemos deducir del texto anterior, la escritora hace un astuto doble movimiento: muy a tono con las corrientes del pensamiento de su momento histórico, se suscribe al feminismo; aunque inmediatamente después, para no atemorizar a los “señores” del conservador público colombiano, argumenta que las justas reivindicaciones de este grupo social deben ser logradas a la manera de sus hermanas de tiempos pretéritos, a través de la práctica de la abnegación. Ni el misógino más recalcitrante de la época se hubiese atrevido a objetar unas conferencias en las cuales se desarrolla una panorámica del sacrificio voluntario de los intereses y deseos femeninos en pos de la construcción de la identidad latinoamericana. Esta actitud se observa también en el diálogo con el poder, particularmente con el gomecismo.

En sus conferencias y en la novela referida, la autora venezolana intenta desequilibrar las inicuas estructuras socio-culturales imperantes mediante el juego ambiguo del acatamiento y el enfrentamiento, del movimiento de retroceso y avance precisado por Ludmer. En la Conferencia I defiende la moderación dentro del feminismo -con ello se cuida de no ser maltratada o silenciada por el sistema literario oficial- pero se vale de María Eugenia Alonso, protagonista de *Ifigenia* y a la vez sujeto discursivo de la novela, para expresar la opinión que tiene sobre los hombres. Las explicaciones que maneja la joven de dieciocho años, recién salida de una escuela de monjas, son demoledoras y dignas de una feminista nada moderada. Detrás de la falsa indulgencia del personaje ficcional, al referirse a dos de los defectos del género masculino, se esconde una mujer que se siente orgullosa de tener una subjetividad diferente y hasta superior. Al representar a los hombres como víctimas de una ceguera intelectual que no les permite verse a sí mismos y los hace deambular por la vida de error en error, Teresa de la Parra socava el orden simbólico del mundo occidental:

...deduje que los hombres, en general, aunque parezcan saber muchísimo, es como si no supieran nada, porque no siéndoles dado el mirar su propia imagen reflejada en el espíritu ajeno se ignoran a sí mismos tan totalmente, como si

no se hubiesen visto jamás en un espejo. (...) Sí, Cristina, por más que diga Abuelita, yo creo que los hombres calumnian de buena fe, que son alabanciosos porque honradamente se ignoran a sí mismos y que atraviesan la vida felices y rodeados por la aureola piadosísima de la equivocación, mientras los escolta en silencio, como un can fiel e invisible, un discreto ridículo (Ibid., pp. 19-20).

Nuestra autora tiene conciencia de que se encuentra dentro de “los muros de la morada del amo”-retomando la metáfora de Audre Lorde- por ello elabora un discurso que siendo profundamente feminista aparenta repetir los estereotipos de mujer prescritos por las instituciones patriarcales. No sería temible asegurar, entonces, que su escritura se erige desde la subversión. El sujeto de la enunciación de las conferencias aprueba el trabajo de la mujer moderna y su independencia económica, que aunque no tenga hijos sea de provecho para su núcleo social, mas sin perder “...su feminidad ni su respeto a ciertos principios y tradiciones” (p. 475). Evade el tema del sufragismo, tan en boga dentro de los círculos de las intelectuales de la época, alegando: “No soy defensora ni detractora del sufragismo por la sencilla razón de que no lo conozco” (p. 474). Manifiesta que no quiere poder político, arguyendo con sarcasmo:

...las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido a abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con el de mineros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen. ¿A qué reclamarlo? (p. 474).

Teresa de la Parra aboga por el derecho de la mujer a ser gestora de su estar en el mundo, a no plantearse la maternidad y el matrimonio como sus dos únicas formas de realización personal. Sin embargo, no quiere igualarse con el hombre, ni copiar sus modelos fálicos: sólo desea ser ella misma en la realidad social que le toca vivir. Cuando se niega a discutir sobre el tema del voto de la mujer alegando

ignorancia, está evitando una posible sanción, muy al estilo de Sor Juana Inés de la Cruz. Bien lo explica Ludmer: “Saber y decir, demuestra Juana, constituyen campos enfrentados para una mujer, toda simultaneidad de esas dos acciones acarrea resistencia y castigo” (Ob. Cit., p. 48). Además, cuestiona la supremacía masculina dentro de los espacios políticos, sembrando la duda sobre la honestidad de sus labores dentro del activismo público al compararlas con el sucio trabajo de la minería.

En *Ifigenia* se vislumbran puntos de encuentro con las ideas esbozadas por la escritora en las conferencias. María Eugenia Alonso advierte acerca de la dinámica del dominio construida por la hegemonía masculina y entiende que la sociedad está impregnada de realidades de opresión hacia las mujeres, quienes pasan de obedecer a los padres para someterse a los dictámenes de los esposos, como si fueran incapaces de responsabilizarse de sus actos. A través del personaje de su novela, Teresa de la Parra discurre sobre el enclaustramiento que padecen siendo solteras y cómo el lugar elegido por el esposo al casarse se convierte en otro espacio de reclusión: “Te encierran en una jaula, te cuidan, te dan de comer y no te dejan salir, mientras los demás alegres y volando por todas partes” (Ob. Cit., p.72). De esta forma, la ideología del amor y el matrimonio, entendiéndola a la manera de Althusser, se convierte en práctica de la vida cotidiana que intenta borrar sus huellas para que las mujeres no la vean como mistificación o venda ante los propios ojos. Esta topicalización del sujeto femenino animalizado entra en diálogo con otras construcciones de género de la época, provenientes y/o alojadas en la literatura canónica y en los medios de comunicación. Ahora bien, es interesante que dentro de la novela esta mujer-animal produzca y articule un discurso.

El personaje femenino defiende el sufragio de la mujer y reconoce las consecuencias favorables en cuanto a la toma de decisiones privadas que este derecho público le abriría a sus congéneres: “A lo único que aspiro hoy por hoy es a gozar de mi propia personalidad, es decir, a ser independiente como un hombre y a que no me mande nadie” (Ibid., p. 73). Sin embargo, sus actuaciones no se corresponden

con sus alardes de rebeldía, autonomía y libertad. No hace nada para cambiar la situación de subordinación y se conduce de la manera estereotipada que se espera de ella. Como muchacha joven perteneciente a una clase social a la que sólo le queda la prestancia de un apellido reconocido, debe contraer matrimonio con un hombre de buena posición económica para así tener la seguridad y representación que no puede lograr por sí misma. Sobre la falta de adecuación a la vida moderna de las jóvenes de clase acomodada debido a una educación tradicional que no las prepara para labrarse una vida propia, dice Teresa de la Parra en la Conferencia I: "...pero su cultura, sus condiciones de carácter, y sobre todo su nivel moral, por falta de preparación adecuada a la vida moderna, es muy inferior a la de la muchacha disciplinada por el trabajo" (p. 475).

El sujeto de la enunciación de la novela también manifiesta desprecio hacia el poderío político masculino, representado en Gabriel Olmedo y César Leal, debido a que suscita prácticas deshonestas. Olmedo se deja deslumbrar por el brillo del poder y para obtenerlo se casa con la hija de un funcionario del gobierno a quien ni ama ni respeta, demostrando que la ética y la política muchas veces tienen fines discordantes. Leal se apropia de la razón y el lenguaje. Además, desarrolla una práctica política en consonancia con la ideología machista imperante, que define al hombre como un sujeto de personalidad unitaria, caracterizado por ser fuerte, autosuficiente, independiente, sin ningún tipo de contradicción, ambigüedad o conflicto. En él se concentra el poder que se ejerce de manera aplastante no sólo en el Senado sino también sobre María Eugenia, aunque todavía no sea su esposa. Frente a ella y su familia, como si estuviera leyendo un discurso a sus compañeros senadores, esgrime los argumentos inapelables del dueño, no los del compañero y amigo sobre el que hablaba Teresa de la Parra en la Conferencia I:

-La religión, en una mujer es completamente indispensable, y ninguna mujer tiene el derecho de decir que no cree...porque al fin y al cabo: ¿Qué entienden ellas de Metafísica, ni de Biología, ni de las teorías de Lamarck; ni del sistema

cosmogónico de Laplace, ni de las nuevas ideas de Einstein ni de nada?...Yo, por ejemplo, no creo, yo soy absolutamente materialista: es verdad, pero ¿por qué soy yo materialista?...¡pues yo tengo mis motivos!...yo pienso; yo he estudiado muy a fondo; yo reflexiono; yo tengo cierta capacidad mental; yo tengo mi sistema; yo tengo mi método especial; yo tengo mi, etc., etc. (p. 225).

Teresa de la Parra no separa lo público de lo privado en sus conferencias, lo que supone cierta resistencia frente a las bipolaridades. Las mujeres anónimas de la Conquista, la Colonia y la Independencia a las que ella se refiere han incidido en los giros dados por la historia oficial, mediante actuaciones ejecutadas desde las sombras de la transhistoria. Su perspectiva sobre la injusta exclusión de las mujeres de la gran historia es frontal y la expresa en las líneas que siguen: "...la verdad histórica, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos. (...) Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida" (p. 484). También elogia a doña Marina -la Malinche-, a Sor Juana Inés de la Cruz y a Manuelita Sáenz, quienes con su arrojo y fuerza de voluntad se labraron un nombre en el devenir histórico latinoamericano; sin embargo, al final de sus días fueron estigmatizadas porque no cumplieron con los estereotipos femeninos que les exigieron sus respectivos contextos socio-culturales.

En *Ifigenia* se devela una crítica furtiva a la contraposición entre la vida pública y el mundo privado, incuestionable en la sociedad venezolana de las primeras décadas del S. XX. Ni María Eugenia, ni la abuelita, ni tía Clara, ni Mercedes Galindo, entre otros personajes femeninos, asumen roles distintos a los de dirigir a la servidumbre en las labores más pesadas del hogar y colaborar con las menos agotadoras. Además de esto, reciben visitas, asisten regularmente a la iglesia o cuidan con dedicación a los familiares enfermos, como cuando María Eugenia y la tía Clara atienden al tío Pancho en sus días finales. Son seres viviendo privadamente para los otros, no actúan en pos de la trascendencia pública porque les ha sido negada en razón de su sexo. Sus únicas

opciones son el matrimonio y la maternidad. Si permanecen solteras, reciben la protección económica de los parientes más cercanos, tal es el caso de la tía Clara. Por eso la satisfacción que experimenta la protagonista cuando Leal le describe la casa donde se mudarán después de la boda: "...cuando al proseguir su enumeración la misma voz concisa, mencionó la casa que nos esperaba ya dispuesta de un todo, yo la vi abrirse en mi mente como un asilo salvador..." (p.303). De manera invariable, su subjetividad es configurada en contraste o relación con la imagen masculina. Así lo expresa lúcidamente el sujeto discursivo de la novela: "...de dominadora me convertí en dominada, de victoriosa en vencida, y de carcelera en encarcelada" (p. 206).

Otra arcaica ideología patriarcal, superpuesta a la del amor y el matrimonio, cruza las conferencias y la novela de Teresa de la Parra: la ideología de la abnegación femenina. Nuestra impertinente autora se infiltra en ella y la objeta a través del recurso de la parodia, que forja un mundo al revés, ambivalente; al mismo tiempo copia y violación, docilidad e insubordinación. Así introduce en sus textos la multiplicidad y la diferencia, creando "espacios de ardides" de sentidos indetenibles, que requieren de un lector oscilante, especie de "cazador furtivo" a la manera de lo esbozado por Michel de Certeau: "...como el cazador en el bosque, tiene el escrito a ojo, despista, ríe, da "pasadas", o bien, como jugador, se deja pillar. Luego pierde ahí las seguridades ficticias de la realidad: sus fugas lo exilian de las certezas..." (Ob. Cit. p. 186).

En la Conferencia I Teresa de la Parra juguetea con el estilo discursivo del melodrama: "Me he quedado pues, por todo haber con mis mujeres abnegadas. Hablando con franqueza les diré que allá en el fondo de mi alma las prefiero: tienen la gracia del pasado y la poesía infinita del sacrificio voluntario y sincero" (Ob. Cit., p. 475). En el final de extremos abiertos de *Ifigenia* trata de despistar a sus lectores cuando le endilga al personaje principal un soliloquio altisonante de heroína trágica que después de un ir y venir sobre los signos verbales se aprecia como hueco, falso, retórico y hasta provoca una media sonrisa irónica. Cuando María Eugenia asegura para sí

misma -dentro de un revelador derroche de exclamaciones, hipérbolas, redundancias y mayúsculas- que ofrenda su "dócil cuerpo de esclava" impulsada por la nobleza de su espíritu abnegado, no está ensalzando el altruismo femenino; al contrario, se burla finamente de esta cualidad que la cultura androcéntrica le ha endilgado a las mujeres durante siglos de dominación:

-¡No es el culto sanguinario del dios ancestral de siete cabezas a quien me ofrezco dócilmente para el holocausto, no, ¡no!...¡Es a otra deidad mucho más alta que siento vivir en mí; es a esta ansiedad inmensa que al agitarse en mi cuerpo mil veces más poderosa que el amor, me rige, me gobierna y me conduce hacia unos altos designios misteriosos que acato sin llegar a comprender! Sí: Espíritu del Sacrificio, Padre e Hijo divino de la maternidad, único Amante mío; Esposo más cumplido que el amor, eres tú y sólo tú el Dios de mi holocausto, y la ansiedad inmensa que me rige y me gobierna por la vida (Ibid., p. 310).

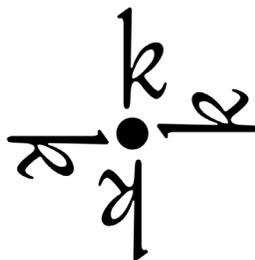
III

La lectura analítica de las tres conferencias y la primera novela de Teresa de la Parra -partiendo de los fundamentos teóricos de Guerra-Cunningham, Lugones, Araujo, de Certeau, Chartier y Ludmerdemuestra que nuestra autora funda su escritura en las márgenes del discurso cultural hegemónico, abriéndose un espacio propio en los intersticios de las instituciones literarias y en las grietas del binomio del saber y del decir patriarcal mediante la estrategia del disimulo. Valiéndose de un discurso en el que se superponen dos voces -la de la cultura masculina o dominante y la de la cultura femenina o dominada- va minando subrepticamente el código simbólico falocéntrico hasta poner en evidencia un pensamiento dicotómico, jerarquizado, sexualizado, que excluye el valor cognoscitivo del lado femenino del par y se lo atribuye a su contraparte masculina. A través de sagaces movimientos de retroceso y avance, callando mientras aparenta ignorancia, deconstruye los patro-

nes estéticos e ideológicos dominantes. Tal accionar sedicioso encarna en la escritora jugando a crear la identidad de su ponente y en la heroína tragicómica absorbiendo el ego subjetivo de la autora. Para terminar de demostrar lo anterior, leamos unas líneas de la esclarecedora carta que le dirige la escritora al crítico Eduardo Guzmán Esponda, en la cual se burla de su ingenuidad al leer *Ifigenia*:

¡Pero con qué admirable candor masculino, fue usted creyendo palabra por palabra, todo cuanto en su charla le refería María Eugenia Alonso!

Ni por inquieta era ella capaz de estudiar piano diez horas diarias, ni era, menos aún, capaz de huirse con el egoísta y seductor Gabriel Olmedo, por mucho que ella misma lo creyera, y por mucho que se lo cantara a la luna y a las estrellas. Pero usted ni siquiera lo sospechó así. Cuando llega el instante de la crisis sus previsiones se ven burladas, y ante la burla se disgusta: ¡es natural! Menos credulidad, y entonces, en lugar de disgustarse, habría comprobado el engaño, con esa amable sonrisa que dibuja la indulgencia sobre los rostros escépticos (p. 595).



Referencias bibliográficas

- ARAUJO, Helena. 1997. "Narrativa femenina latinoamericana". En: *Lectura crítica de la Literatura Americana*. Tomo IV. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- BOSCH, Velia. 1991. "Estudio Crítico". En: *Obra (Narrativa, ensayos, cartas) de Teresa de la Parra*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- CERTEAU, Michel de. 2000. "Leer: una cacería furtiva". En: *La invención de lo cotidiano I: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- CHARTIER, Roger. 2000. *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Madrid: Cátedra.
- FOMBONA, Julieta. 1991. Prólogo: "Teresa de la Parra: las voces de la palabra". En: *Obra (Narrativa, ensayos, cartas) de Teresa de la Parra*. Tomo 95. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- GARGALLO, Franchesca. 2004. *Las ideas feministas latinoamericanas*. Bogotá: Ed. desde abajo.
- GUERRA-CUNNINGHAM, Lucía. 1997. "El personaje literario femenino y otras mutilaciones". En: *Lectura crítica de la literatura americana*. Tomo IV. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- LUDMER, Josefina. 1984. "Tretas del débil". En: *La sartén por el mango*. México: Huracán.
- PARRA, Teresa de la. 1991. *Obra (Narrativa, ensayos, cartas) de Teresa de la Parra*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.